

La biblioteca, el camino hacia un mundo mágico

Jesús ARANA PALACIOS *

“**C**ON suerte, esta noche, en alguna parte, un niño abrirá un libro en Bedford-Stuyvesant y empezará a leer, y su vida habrá cambiado para siempre. En algún campamento de caravanas de Florida, en alguna choza sin pintar de los territorios de los Apalaches, en algún tórrido punto del sur de Los Angeles, un niño o una niña sin padre y sin esperanza dejará la droga paralizante de la televisión y se pondrá a descifrar pequeñas palabras sobre papel de alguna manera nueva y sorprendente y descubrirá el mundo. Eso ocurre. Le ocurrió a un niño llamado Michael O'Donovan, que abandonó el colegio a los once años, descubrió la Biblioteca Libre de la ciudad de Cork, y después, con el nombre de Frank O'Connor, llegó a convertirse en uno de los mejores escritores de novelas cortas de este siglo. Lo mismo le ocurrió a Albert Camus. Creció en un horrible barrio bajo de Argel, su padre murió en la I Guerra Mundial y su madre era analfabeta. El niño, enamorado del sol mediterráneo, buen jugador de fútbol y amante de las películas, dejó el colegio temporalmente a causa de la tuberculosis. Encontró el camino que llevaba a la biblioteca municipal. A los 44 años ganó el premio Nobel de Literatura. Y también le ocurrió a Kenzaburo Oé”¹.

115

Esta larga cita es el comienzo de un artículo que escribió Pete Hamill en 1994 sobre el entonces reciente premio Nobel de Literatura, el japonés Kenzaburo Oé. Se pueden encontrar más ejemplos como estos. La escritora norteamericana Eudora Welty en sus memorias nos habla de sus vivencias infantiles como usuaria de la biblioteca pública de su localidad. A pesar del retrato estremecedor (y divertísimo) que hace de la bibliotecaria -“no he conocido a nadie de los que crecieron en Jackson que no le tuviera miedo a Mrs. Calloway, nuestra bibliotecaria”- parece que sus asiduas visitas fueron determinantes en su carrera de escritora. Es preciosa esa idea que deja adivinar de la biblioteca vista como un manantial en el que apagar una sed inagotable, una sed que en ningún caso podría haberse calmado con los pocos libros de que disponía en casa: “Todos los libros que cogí prestados...dan cuenta del deseo devorador por la lectura y de su instantánea satisfacción. Supe ya entonces que esto era como una bienaventuranza. El gusto en sí no tiene tanta importancia, dado que por algo se crea a su debido tiempo. Yo deseaba leer de inmediato. Mi único temor era que los libros se me terminasen”².

La misma idea podemos encontrar en un pasaje de las Memorias alcohólicas de Jack London. “Cuando cumplí los diez años - escribe el autor de *La llamada de lo salvaje* - mi familia abandonó el rancho para irnos a vivir a la ciudad. Allí, a esa edad, comencé a deambular por

* De la Biblioteca Pública de Barañain.

1. *Babelia*. 10 de Diciembre de 1.994

2. WELTY, Eudora. *La palabra heredada: mis inicios como escritora*. - Barcelona: Montesinos, 1988. Págs. 45 y ss.

las calles vendiendo periódicos (...) Comencé a frecuentar la Biblioteca Pública y pasé mucho tiempo leyendo con verdadera emoción. En el pobre rancho en donde había vivido hasta entonces no había un solo libro. En poco tiempo leí cuatro libros, cuatro maravillosos libros que devoré y me llevaron a devorar más libros. Uno de aquellos libros era *La vida de Garfield*; el otro *Los viajes africanos* de Paul de Chaillu; el tercero fue una novela de Ouida, a la que faltaban páginas, exactamente las últimas cuarenta páginas; y el cuarto libro que devoré fue la *Alhambra* de Irving. Este último libro ya me lo había leído antes porque me lo prestó una maestra en la escuela donde asistí. Pero no era yo un niño adelantado. Al contrario de *Oliver Twist*, era incapaz de pedir y preguntar. Cuando le devolví a la maestra *La Alhambra*, esperaba que me dejara otro libro. Pero como ella no me prestó libro alguno, imagino que pensaría que era incapaz de apreciar la lectura; regresé muy triste a casa llorando mientras recorría las tres millas de distancia que separaban la escuela del rancho. Seguía esperando que la maestra me dejara otro libro, pero el préstamo no se produjo. Muchas veces estuve a punto de pedírselo, pero nunca me acompañaron los ánimos suficientes para hacerlo. Allí, en la ciudad de Oakland, en la Biblioteca Pública, descubrí un mundo extraordinario alineado en las estanterías. Había miles de libros tan buenos e interesantes como los cuatro primeros que había leído a poco de mi llegada, e incluso libros mucho mejores que aquéllos”³.

Conviene no olvidar testimonios de este tipo en tiempos en los que la evaluación de la rentabilidad de los servicios bibliotecarios se está convirtiendo en una obsesión. Es posible que ninguno de los autores citados habría llegado a escribir libros si, en un momento de su vida, no hubieran encontrado el camino de la biblioteca pública. Pero más allá de cada anécdota particular, lo que nos importa destacar es que, lejos de ser excepcionales, todos estos casos ponen de manifiesto algo que es esencial en la biblioteca pública: su carácter democratizador. Del encuentro fortuito de un niño y de un libro han nacido grandes vocaciones. El encuentro, lógicamente, ha de producirse en el momento y en el lugar adecuados, y sólo en unos pocos casos ese encuentro se da en el marco del propio hogar: en aquellos casos en los que el nivel socio-cultural de la familia permite disponer de una biblioteca bien surtida; algo que, en definitiva, no hace más que perpetuar una especie de endogamia del saber. Los más inteligentes y los más cultos son los que tienen más probabilidades de tener a su vez hijos inteligentes y cultos. La biblioteca pública es la que puede y debe romper ese círculo vicioso.

Bruno Bettelheim y Karen Zelan, que han estudiado en profundidad el aprendizaje de la lectura, han constatado que existen importantes diferencias desde el principio de la vida escolar entre los niños que han tenido ocasión de convivir con libros en casa y los que no; diferencias que en muchos casos son una pequeña fisura que el tiempo no hará sino aumentar hasta hacerla abismal: “A los niños que adquieren gran interés por la lectura en casa les es fácil leer en la escuela y constituyen la mayoría abrumadora de aquellos que más adelante son buenos lectores. El establishment pedagógico los señala como ejemplo de la bondad de los métodos que se utilizan para enseñar a leer en la escuela. Pero no son estos métodos los que convirtieron a esos niños en buenos lectores y a la larga en personas cultas; uno se siente tentado a decir que

3. LONDON, Jack. *Las memorias alcohólicas*. - Madrid: Legasa, 1981

se trata de actitudes que dichos niños adquirieron y mantuvieron a pesar de las experiencias a las que se vieron expuestos en la escuela. De no ser así, ¿por qué los niños de padres muy cultos tendrían tanta ventaja, en lo que se refiere a los resultados escolares, sobre los niños de padres menos cultos pero de inteligencia similar?, ¿por qué tantos niños procedentes de familias culturalmente pobres no se convierten en personas cultas, aunque hayan adquirido las habilidades necesarias para leer en la escuela?. Una diferencia importante entre los niños que aprenden a leer solos en casa y los que aprenden únicamente en la escuela es que los del primer grupo aprenden a leer con textos que les fascinan mientras que los del segundo aprenden las habilidades de descifrar y reconocer palabras en textos sin contenido significativo que degradan la inteligencia del pequeño". La cita está sacada del libro de Bettelheim y Zelan "Aprender a leer"⁴, publicado originalmente en 1981, y su diagnóstico no queda invalidado por el hecho de que cada vez más maestros se preocupen seriamente por la motivación del niño en su experiencia lectora.

De estos comentarios de Bruno Bettelheim se deduce que la situación ideal sería que hubiera en todos los hogares libros suficientes para que algunos de ellos pudieran fascinar a los pequeños, que despertaran su curiosidad y les impulsaran a seguir leyendo. Esa sería la situación ideal: la realidad es que en más del 60% de los hogares españoles sigue sin haber apenas libros⁵. Es en este contexto donde la biblioteca pública cobra toda su importancia. No se puede concebir una sociedad verdaderamente democrática sin una buena red de bibliotecas públicas, y esto es algo que debe ser recordado especialmente en momentos de recortes presupuestarios⁶. No se trata de hacer la interpretación miope de algunos políticos que piensan que cuanto menos se lee, menos necesidad hay de bibliotecas. Es más bien todo lo contrario: cuanto menos se lee más necesidad hay de invertir en bibliotecas públicas. En primer lugar, para acabar con estos círculos viciosos de que venimos hablando; y, en segundo lugar, porque existe una relación directamente proporcional entre la cantidad y calidad de las bibliotecas públicas de un país y los hábitos de lectura de la población. Así en el dossier que sobre hábitos de lectura publicó no hace mucho la revista DeLibros se afirma: "los holandeses son los europeos que más leen pero no los que más libros compran. Esto se debe a la gran red de bibliotecas públicas que posee este país. Tiene 41 libros por año y socio, lo que le coloca en el primer lugar europeo a gran distancia del resto de países en utilización de bibliotecas"⁷. Se puede discutir todo lo que se quiera sobre si fue antes el huevo o la gallina;

4. BETTELHEIM, Bruno y ZELAN, Karen. *Aprender a leer*. Barcelona: Crítica, 1982.

5. Según un estudio de FUINCA (Fundación para el Fomento de la Información Automatizada) las previsiones para el año 1995 sobre el equipamiento de libros medio en los hogares españoles se estructuraba en una pauta de tres tercios. Así se estimaba que un tercio de las familias dispondrían de menos de veinticinco libros; otro tercio tendría en casa de veinticinco a cien libros; y un último tercio tendría más de cien libros. Es de suponer que sólo en este último segmento de la población podría haber libros capaces de fascinar a los niños.

6. No está de más recordar aquí la exclamación de Gabriel Zaid: "Que abunden las bibliotecas públicas, que compren muchos libros y los paguen más caros es una buena fórmula de fomento del libro y la lectura. No hay precio más bajo para el lector que el préstamo gratuito. No hay costo más bajo para la sociedad que el libro compartido por varios lectores" (ZAID, Gabriel. *Los demasiados libros*. Barcelona: Anagrama, 1996).

7. JIMÉNEZ, Gema. "El hábito de leer: un placer en estado latente" en *Delibros*, jul.-agosto de 1996.

si fue el órgano el que creó la función o viceversa: lo que importan, en este caso, son los resultados y los resultados a la vista están. Pero con ser importante la responsabilidad de los políticos, no es exclusiva: también las familias tienen su parte de responsabilidad en el fomento de la lectura⁸.

Es comprensible que muchas personas nunca hayan experimentado esa magia de los libros de que habla Bettelheim⁹ y lógica consecuencia de ello es que nunca hayan sentido la necesidad de rodearse de libros en su casa: nadie les va a culpar por eso. Cabría, sin embargo, esperar de todas esas personas un gesto hacia sus propios hijos: el gesto de acercarlos desde bien pequeños hasta la biblioteca pública sólo por ver si se produce un encuentro afortunado entre el niño y un libro, el libro que le pueda marcar su vida. Como le ocurrió a Kenzaburo Oé, que a los catorce años encontró su libro: "trataba sobre un niño blanco llamado Huckelberry Finn y un hombre negro llamado Jim, que descendían de noche por un gran río norteamericano en busca de la libertad. En aquel libro estaba todo: soledad, desafío, una negativa a aceptar falsas piedades o humillaciones (el padre de Huck era el borracho de la ciudad), además de peligro, aventura y justicia...En su remota aldea en las montañas, a medio mundo de distancia del Missisipi, Kenzaburo Oé, pobre y huérfano de padre, leyó aquel libro y emprendió el viaje que le llevó hasta el Premio Nobel"¹⁰.

118

Sí, es realmente un gesto de amor el de esos padres que, sin gustarles leer, llevan a sus hijos de la mano hasta la biblioteca. El mismo gesto de quien va sin ganas a ver una película de dibujos animados, que sabe que no le va a gustar, sólo por acompañar a sus pequeños. Ocurre a veces que uno se sienta en la oscuridad de la sala de cine y casi sin darse cuenta se encuentra arrastrado por la fuerza de las imágenes hasta terminar subyugado por las aventuras de la Sirenita o de Pocahontas. Es sólo cuestión de cruzar el umbral, después ¿quién sabe lo que puede esperar entre las paredes de una biblioteca?

A. P.

8. También se puede negar la mayor y poner sencillamente en duda que la lectura sea algo que deba ser fomentado. Aquí los argumentos podrían ser de muy diversa índole -estéticos, psicológicos, etc.-. Aunque quizá en estos tiempos de pragmatismo haya un argumento de más peso, el que dan Tortella y Núñez: "Lo primero que parece sospechoso es que los países más adelantados tengan los más altos índices de lectura: Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Francia, los países escandinavos, Japón". TORTELLA, Gabriel y NUÑEZ, Clara Eugenia. "Sobre la lectura" en *El País*, 28 de octubre de 1.996.

9. "Lo que se necesita para hacer que el niño desee aprender a leer no es el conocimiento de la utilidad práctica de la lectura, sino la firme creencia de que saber leer abrirá ante él un mundo de experiencias maravillosas, le permitirá despojarse de su ignorancia, comprender el mundo y ser dueño de su destino". Bettelheim y Zelan, op. cit.

10. HAMILL, Pete, art. cit.